

## GLOBALIZACIÓN O POBREZA

*Fernando Serra*

Director de la revista *Especial Directivos*.

### I. DEFINICIÓN Y MATIZACIONES

Partamos de la definición que hace el FMI de la globalización: “Acelerada integración mundial de las economías, a través de la producción, el comercio, los flujos financieros, la difusión tecnológica, las redes de información y las corrientes culturales”.

Esta definición invita a hacer algunas breves matizaciones que servirán para centrar las jornadas que hoy inauguramos y para aclarar algunos malentendidos.

#### A) *Un fenómeno viejo*

Lo primero es recordar que la globalización, o mundialización, no es un fenómeno nuevo —nueva es la pa-

labra, que aparece en la literatura económica a principios de los ochenta—. La integración económica internacional más importante e intensa fue, como bien se sabe, la que empezó hacia 1870 y finalizó al comenzar la Primera Guerra Mundial. Después de que el Reino Unido lo hiciera unilateralmente, entre 1860 y 1880, los países europeos redujeron notablemente sus aranceles: desde unas tarifas situadas por encima del 35%, se pasó al 15 o incluso al 10%. Sin embargo, sólo una parte del mundo, la constituida por los países entonces desarrollados, participó en aquella globalización.

Aun así, todo el avance y desarrollo del comercio internacional entre 1950 y 1990 consiguió solamente alcanzar el nivel de intercambios existente justo antes de la Segunda Guerra Mundial e, incluso, a mediados de los años 60 las cifras absolutas del comercio mundial eran inferiores a las alcanzadas en 1913. El movimiento anti-globalización cree erróneamente que se enfrenta a un fenómeno nuevo, cuando en realidad la integración reciente de la economía internacional es, como mucho, la restauración de algo que existió hace cien años.

#### B) *Aspectos novedosos*

No obstante, la globalización actual tiene aspectos novedosos y diferentes de otras etapas anteriores de integración económica. Lo diferente, como recalca la definición, es que existe ahora, por un lado, una acelerada

integración, una velocidad y un ritmo inusitado, y que se trata además de una integración mundial al menos en potencia. Es decir, abre posibilidades a todos los habitantes de la tierra porque las nuevas tecnologías de las comunicaciones y de la información alcanzan todos sus rincones.

Así pues, las nuevas tecnologías son determinantes en esta nueva globalización y, muy especialmente, las redes telemáticas que consiguen desplomar espectacularmente los costes de las comunicaciones y del tratamiento de la información. Una llamada transatlántica es hoy 300 veces más barata que en 1930 y el coste de procesar información es ahora 100.000 veces menor que hace 25 años.

Durante la integración del siglo XIX se abarató sobre todo el transporte y ahora son las comunicaciones y la información. Habría que recordar, sin embargo, que el principio de la anterior etapa globalizadora se suele fijar en 1870, cuatro años después de que se tendiera el cable submarino entre ambos lados del Atlántico, lo que permitió abaratar también las comunicaciones.

### C) *Ritmos diferentes*

También habría que destacar como novedad los diferentes ritmos de integración y que es un fenómeno multidimensional, por lo que si medimos el proceso según

unos criterios comprobamos que está en aumento, pero si nos fijamos en otros podemos llegar a la conclusión contraria. Los críticos de la globalización aseguran que, en sus tres principales vertientes económicas —la comercial, la financiera y la laboral—, existe una acusada integración de las dos primeras, siendo aún más intensa la relativa a los movimientos de capitales, pero muy reducida la de personas por las restricciones a la libertad de desplazamientos y de residencia.

Es cierto que las globalizaciones de los mercados de bienes y de capitales avanza más deprisa que la laboral, pero las dos primeras distan mucho de ser plenas. El peso del comercio exterior, la suma de exportaciones e importaciones con relación al PIB, era a principios del siglo XX similar de lo que es ahora en muchas economías avanzadas y en algunas, como las del Reino Unido, Dinamarca, Australia y especialmente Japón, superior entonces. Hay que reconocer, sin embargo, que las economías desarrolladas se han desindustrializado intensamente, mientras que el sector servicios tiene hoy mucho mayor peso aunque resulta menos exportable.

Además, la desigual integración financiera y laboral es en parte consecuencia de determinadas restricciones e intervenciones políticas. En una economía abierta y libre los factores de producción, capital y trabajo, se mueven buscando los mayores rendimientos y tienden por tanto a confluir. Sin embargo, cuando existen frenos al movimiento de uno de ellos, el otro factor tiende

a desplazarse en sentido opuesto para hacer que se cumpla la lógica económica del principio anterior. Desde este punto de vista, el drama de la inmigración —movimiento del factor trabajo— se agudiza como respuesta a las restricciones en los movimientos de capitales hacia las regiones más atrasadas, algo que tendría que hacer pensar a los que proponen castigos a la libertad financiera como la tasa Tobin.

#### D) *Integración financiera*

Tampoco es cierto esa pretendida integración casi total de los mercados de capitales. Los saldos de las balanzas por cuenta corriente reflejan la diferencia entre el ahorro interno y la inversión también interna, y permiten comparar así los flujos netos de capitales. Pues bien, el Reino Unido exportó capitales a una media anual del 5% de su PIB entre 1870 y 1913, el doble que las salidas netas de capitales de la OCDE en la actualidad.

El último informe del Banco Internacional de Pagos de Basilea (BIS) aporta un dato interesante sobre el valor agregado de las transacciones realizadas en los mercados internacionales de divisas. Mientras que el volumen medio diario de transacciones de divisas ascendió a 1,4 billones de dólares en el primer trimestre de 1998, apenas superó la cifra de 1,2 billones de dólares durante el mismo periodo de 2001 y esta cifra sólo fue algo superior a la de 1995.

### E) *Globalización excluyente*

Otra matización a la definición del FMI es que la globalización acelerada no es, en algunos casos, un proceso lineal y uniforme, sino que es contradictoria, o sea, integradora y excluyente al mismo tiempo. Es el caso de las globalizaciones por áreas geográficas, como en la Unión Europea, Mercosur o NAFTA, donde sus miembros aprovechan al máximo los beneficios de la integración de sus economías pero a costa de rechazar a los países limítrofes, por lo que podría hablarse de una “globalización nacionalista y excluyente”. La Unión Europea y su Política Agraria Común (PAC) es un claro ejemplo de ello.

### F) *Globalización cultural*

Nótese que en la definición, se incluye la acelerada integración de las corrientes culturales como un rasgo de la globalización, viendo los críticos una tendencia hacia el uniformismo de la cultura y una dominante americanización. Resulta evidente que el uniformismo no es incompatible con la diversidad cultural y que esta última es, si cabe, más intensa que el primero gracias a, o tal vez por culpa de, los regionalismos y nacionalismos de todo tipo. Además, sorprende comprobar que la tan criticada americanización de la cultura no se corresponde con los datos.

Efectivamente, EE.UU. es una potencia exportadora de productos y servicios culturales —sobre todo películas, vídeos, música y turismo, pero también libros y artesanía—, aunque pocos saben que es importador neto en este sector en una relación de tres a uno, y que, por el contrario, los países en desarrollo exportan más que importan, siendo, por ejemplo, la India el mayor productor mundial de películas —más del doble que EE.UU.—, aunque su comercialización es sobre todo nacional.

### G) *Expresión de la libertad*

Y recordar por último que, al fin y al cabo, la globalización no es otra cosa que la suma de diferentes expresiones de la libertad ejercida más allá de las fronteras nacionales: libertad de comercio para comprar o vender al precio más competitivo; libertad de invertir con el mayor rendimiento posible; libertad de contratar al mejor empleado y de trabajar por el mayor salario, libertad de emitir y de recibir información, y libertad de asumir o de rechazar otras culturas.

## II. PRIMER ARGUMENTO: EL DETERIORO LABORAL EN LOS PAÍSES DESARROLLADOS

Es por todos conocido que el principal “argumento” del movimiento antiglobalización se refiere a la pobreza y se suele expresar diciendo que la acelerada inte-

gración de las economías aumenta esta lacra, hace crecer la brecha entre los países, ha empobrecido a los asalariados manuales de las zonas desarrolladas, o es la causa de que los países más pobres lo sean cada vez más. Algunas de estas afirmaciones son parcialmente ciertas, pero es totalmente falso que las causas estén en la globalización económica.

Sobre el tema de la pobreza, voy a centrarme aquí en dos cuestiones en las que tienen aparentemente razón los críticos de la globalización porque efectivamente existen datos objetivos que avalan sus tesis. La primera es el deterioro laboral, en salarios o en pérdida de empleos, que se ha producido en algunos países desarrollados. La segunda es el aumento de la diferencia de rentas entre los países avanzados y los menos desarrollados.

Efectivamente, las consecuencias que una economía internacional más integrada tiene sobre los salarios y, en general, sobre el mercado laboral "global" —es decir, tanto el de los países industrializados como el de los emergentes— constituyen un tema que requiere cierta atención porque algunos datos parecen, a primera vista, dar la razón a los enemigos de la globalización.

Esta cuestión tiene a su vez dos vertientes. La primera es el llamado *dumping* social, es decir, la amenaza que para los salarios de los trabajadores no cualificados de los países prósperos tiene la competencia de

una mano de obra "barata" procedente del mundo subdesarrollado.

La segunda es que, según algunos, también los trabajadores de los países atrasados salen perjudicados porque la falta de formación y desarrollo tecnológico coloca a las empresas de estas regiones en una situación de desventaja ante la competencia internacional.

Es sorprendente que se pueda sostener a la vez estas dos hipótesis ya que la lógica económica más elemental hace imposible que sean ciertas al mismo tiempo. Si la competencia transfronteriza en el terreno laboral hace que se exporten puestos de trabajo de las economías del Norte a las del Sur por la deslocalización de industrias intensivas en mano de obra, crecerá necesariamente la oferta de este tipo de empleos en las regiones más atrasadas, lo que a la larga aumentará los salarios. Los datos empíricos así lo confirman. Por ejemplo, el salario por hora en Corea del Sur era hace 25 años el 5% del de un trabajador norteamericano y ahora es algo inferior a la mitad.

En todo caso, más defendible es asegurar que el *dumping* social ha deprimido los salarios no cualificados en los países industrializados y ha abierto la brecha con relación a los ingresos de los empleados mejor formados. Digo que es más defendible porque, efectivamente, se ha producido este distanciamiento durante las dos últimas décadas. Según algunos estudios, entre

1973 y 1995, la brecha entre estos dos niveles salariales se ha ampliado en EE.UU. alrededor de un 18%.

Este fenómeno ha sido más claro en EE.UU., mientras que en Europa, con un mercado laboral mucho más rígido, la desigualdad salarial ha sido menor aunque ello ha tenido como contrapartida un importante aumento del desempleo.

Al mismo tiempo que se ha producido este deterioro laboral en los países desarrollados, las importaciones de manufacturas de los países emergentes a los más ricos se han incrementado considerablemente: representaban el 10% del comercio mundial en 1980 y hoy superan el 20%. Como estos dos fenómenos han sido relativamente simultáneos, algunos economistas críticos de la globalización los relacionan causalmente.

El debate sobre esta cuestión se centra por tanto en demostrar si una mayor libertad comercial ha deprimido los salarios de los trabajadores manuales, como dicen los que pretenden limitar o controlar esta libertad, o si por el contrario hay que buscar otras causas, como vamos a intentar defender aquí.

Lo primero reseñable es que, para los países de la OCDE, las importaciones de productos intensivos en mano de obra sólo representan, por mucho que hayan subido, entre el 3 y el 8% de su PIB, por lo que

es difícil creer que tengan alguna repercusión significativa en sus economías.

Algunos autores aseguran, con razón, que el *dumping* social interno en los países avanzados, esto es, el derivado de su propia economía sumergida, tiene que tener a la fuerza más impacto en los niveles salariales ya que representa un peso mucho mayor que el comercio precedente de las regiones en desarrollo.

Otro dato a tener en cuenta es que la expansión de las importaciones de manufacturas procedentes de los países emergentes se produjo sobre todo en los sesenta y setenta, mientras que el deterioro laboral en los países desarrollados comienza en los ochenta.

¿Hay pues relación entre el auge del comercio internacional y los salarios de los trabajadores empleados en producir lo que se exporta o importa? Esta cuestión ha sido tema de un intenso debate durante las dos últimas décadas.

El famoso y ya viejo teorema de Stolper y Samuelson establece esta relación y asegura que existe una tendencia a que se igualen los precios de los factores de producción, entre ellos los salarios, según avanza el libre comercio y, en consecuencia, predice que el crecimiento de las importaciones procedentes de países con salarios bajos dará lugar, en el país importador, a una caída relativa tanto del precio de los bienes que requieren

mano de obra intensiva como de los salarios de los trabajadores que los producen, es decir, de los empleados poco cualificados.

O sea, los salarios deberán reajustarse a los precios, y como éstos divergen según se trate de productos poco o muy intensivos en trabajo manual, también los salarios de los trabajadores más cualificados se tendrán que distanciar de los que reciben los poco formados. Si este reajuste no se realiza, o se realiza parcialmente porque el mercado laboral es poco flexible, el resultado es un aumento del desempleo.

El razonamiento parece coherente pero la prueba de fuego son los precios. Es decir, los economistas que quieren ver confirmado el teorema de Stolper y Samuelson, y los críticos de la globalización que se apoyan a su vez en esta teoría, tendrán razón si en los países desarrollados los precios de los productos que más entran en competencia con los que proceden de las regiones en desarrollo, es decir, los intensivos en mano de obra, han descendido con relación a los precios de los productos más sofisticados.

Pues bien, todos los estudios empíricos muestran que ha sucedido lo contrario, que los precios de los productos tecnificados son los que han descendido con relación a los más intensamente manufacturados. La explicación está en que en un mercado laboral flexible como el norteamericano y británico, que es donde más

claramente se aprecia el fenómeno, los salarios crecen en los sectores y niveles donde la demanda aumenta a un ritmo superior que la oferta, y disminuyen cuando sucede lo contrario. Y la demanda de trabajo cualificado aumenta porque la aplicación de las nuevas tecnologías mejora la productividad y, lógicamente, las empresas orientan su producción en este sentido buscando una mayor rentabilidad.

Sin embargo, el desarrollo tecnológico no explica por sí sólo la dispersión salarial entre cualificados y no cualificados. El problema está en que una mayor demanda de empleo mejor formado, especialmente en nuevas tecnologías de la información, no se puede cubrir porque el sistema educativo público está siendo incapaz de ofrecer lo que necesita el aparato productivo.

En suma, mientras que la actividad económica viene exigiendo desde los años ochenta unos trabajadores cada vez mejor formados, la calidad y eficacia del sistema educativo van en sentido contrario, siendo aquí donde puede estar la explicación que buscamos.

O dicho de otra manera, el binomio formado por un desarrollo tecnológico, que demanda más formación, y una deficiente educación pública, que es incapaz de ofrecerla, es la causa de las recientes desigualdades salariales en los países desarrollados, y no, como dicen los antiglobalizadores, el libre comercio y la libre movilidad de capitales.

Una entrada masiva de inmigrantes mal formados y una mayor tasa de actividad de mujeres casadas, también escasamente preparadas, agudiza el problema. No quiere decir esto que el teorema de Stolper y Samuelson sea teóricamente incorrecto, sino que han aparecido numerosas distorsiones que invalidan su aplicación.

Aunque existen múltiples valoraciones, las estimaciones más recientes consideran que el comercio internacional puede ser responsable del 5% o, como mucho, del 25% de la brecha que se ha abierto entre los salarios, mientras que otros autores, como Chakrabarti, aseguran que la globalización comercial reduce la desigualdad si se mide con el coeficiente Gini.

### III. SEGUNDO ARGUMENTO: CRECE LA BRECHA ENTRE POBRES Y RICOS

Sobre el segundo tema hay también que reconocer que, efectivamente, la brecha entre países es cada vez mayor si se comparan los extremos, es decir, los más prósperos frente a los menos desarrollados. Algunos economistas han calculado la diferencia de rentas per capita a mediados del siglo XVIII y estima que la de Europa Occidental era sólo un 30% superior a la de la China y la India. Es decir, hace 150 años existía entre estas dos zonas una diferencia menor que la que hoy se produce dentro de la Unión Europea ya que, por ejemplo, es la misma desigualdad que ahora existe entre

España y Bélgica. Actualmente, entre la India y Europa la brecha es diez a uno.

Otros estudios afirman que, al comenzar el siglo XIX, la diferencia entre los países más ricos y más pobres del mundo era ya de tres a uno; en 1900, llegó a ser de diez a uno; en los años sesenta la brecha se había abierto hasta treinta veces y, en la actualidad, la desigualdad llega a ser de 60 a uno. Esta diferencia aparece al comprobar que en paridad de poder adquisitivo (PPA), el país más rico tiene unos ingresos de unos 30.000 dólares por persona, mientras los habitantes del más pobre viven con 500.

La desigualdad sería algo menor si la comparación se estableciera entre grupos de países, pero mayor si nos fijamos en regiones situadas en el interior de las naciones. Algunos estudios en este sentido calculan la diferencia en más de ochenta a uno. Se mida como se mida, lo más importante es destacar que efectivamente la desigualdad es creciente.

Pero que se ensanche la diferencia no equivale a que los pobres sean cada vez más pobres. El que los ricos lo sean cada vez más nadie lo pone en duda, pero mucha gente opina, los antiglobalizadores los primeros, que también sucede lo contrario, es decir, que los países más atrasados se hundan cada vez más en su miseria. Esto es falso y es aquí donde el movimiento antiglobalización comete su primera equivocación, y se

vuelve a equivocar cuando relaciona la pobreza con la integración de las economías.

Repasemos lo que ha sucedido en los últimos cincuenta años. Los países ricos han crecido a una tasa anual media del 2,7%, pero los más pobres, los países del África subsahariana, han crecido solamente 0,5 anual. Estos diferentes aumentos del PIB, junto a otro factor determinante como es el crecimiento de la población, han determinado que la renta per capita en los países industrializados sea ahora algo más de tres veces que en 1950, mientras que los ingresos de los habitantes de las regiones más deprimidas del continente africano solamente han aumentado un 20% en medio siglo.

La divergencia es por tanto cierta cuando comparamos las regiones o países más pobres con los más desarrollados, pero la conclusión no es tan clara si utilizamos otros parámetros. Excluyendo el grupo de países más atrasados de la tierra, unos cincuenta según Naciones Unidas y casi todos africanos, algunos autores hablan de convergencia de rentas. Una prueba de ello es lo que ha supuesto la transformación de una China estancada en la autárquica de la Revolución Cultural y la actual, sometida todavía a un régimen comunista pero con unos flujos de capitales espectaculares y unas exportaciones equivalentes al 23 por ciento de su PIB. Pues bien, entre 1950 y 2000 su renta por habitante se multiplicó por 11, mientras que en este mismo período el PIB per cápita norteamericano

sólo es ahora 2,5 veces superior al de hace cincuenta años. Si se tiene presente que en China vive casi la quinta parte de la población mundial, la convergencia es apreciable.

A veces, los análisis comparativos entre países o regiones del mundo (como cuando el Banco Mundial afirma que casi 1.200 millones de personas viven con una renta máxima de un dólar diario, aunque la FAO rebaja esta cifra a 800 millones) están muy desvirtuados porque las rentas se calculan en dólares constantes y no se corrigen en función de la paridad del poder adquisitivo (PPA), que expresa mejor el nivel de vida real al no existir las distorsiones que acarrear los tipos de cambio y, sobre todo, el nivel de precios de los bienes y servicios.

En cualquier caso, lo que ha ocurrido en el mundo, no sólo desde 1950 sino en los dos últimos siglos, es como una carrera donde unos corren mucho y otros mucho menos o casi nada. En consecuencia, la ventaja del grupo de cabeza sobre el resto es cada vez mayor, lo que se traduce en una creciente desigualdad económica.

Cuando contemplamos periodos de tiempo más largos se carece de indicadores económicos fiables y es necesario acudir a otros parámetros. Además, es cierto que la pobreza y el subdesarrollo no se deben medir con criterios exclusivamente económicos. De hecho, las Naciones Unidas establece un nivel de desarrollo social

que, además de la renta, incluye la mortalidad infantil, la esperanza de vida, la ingestión de calorías, la tasa de escolarización y el grado de alfabetismo.

Este organismo considera que existen actualmente 160 países en vías de desarrollo (PVD), 49 de los cuales son clasificados como países menos desarrollados (PMD), y 33 de ellos se encuentran en África subsahariana. Pues bien, fijándonos en las zonas más deprimidas del continente africano, que es lo mismo que decir las más pobres de la tierra, se puede apreciar una cierta mejora de sus condiciones de vida, aunque insignificante al desarrollo habido en los países industrializados.

En estas zonas más atrasadas la esperanza de vida se sitúa en 53 años, 25 menos que en las naciones opulentas pero el doble de la que existía en Europa hace 200 años. Recordemos que la esperanza media de vida en España a mediados del siglo XIX era de unos 30 años.

Así pues, los más atrasados también avanzan, aunque lo hacen muy lentamente porque sus economías se mantienen apartadas y excluidas del proceso de integración mundial. Por ello resulta disparatado asegurar, como hacen los antiglobalizadores, que la pobreza es fruto de la integración económica internacional, cuando en realidad es justo lo contrario. La causa de la brecha creciente está en que los países que se han quedado atrasados no tienen apenas lazos comerciales con

el exterior y tampoco reciben flujos financieros. Además, suelen carecer de libertades políticas y económicas, o permanecen anclados en regímenes absolutistas y corruptos.

En etapas históricas muy especiales, se llega incluso a retrocesos durante periodos reducidos de tiempo y en regiones o países determinados. Así ha sucedido durante la década pasada en el África subsahariana y en algunos países de Latinoamérica. Según el Banco Mundial, durante los años noventa, que fueron especialmente negativos para estas regiones, el porcentaje de habitantes que viven en condiciones de extrema pobreza se ha mantenido prácticamente invariable, pero su número absoluto ha crecido a consecuencia del aumento de la población y, como ésta ha crecido fuertemente, la lacra de la pobreza se ha extendido. Donde sí se ha producido un retroceso sin paliativos es en la Europa del Este, mientras que en América Latina, a pesar de numerosos altibajos, la mejora económica a largo plazo se ha mantenido.

Volviendo al continente africano, esta región representa el escenario más extremo y, por ello, es tal vez la mejor muestra de lo que parecen querer los antiglobalizadores, es decir, economías apartadas de todos los flujos internacionales, especialmente comerciales y financieros. La marginación comenzó en los años sesenta y setenta con la descolonización y, desde entonces, este continente ha perdido el poco peso que tenía en la economía internacional.

En 1960 el PIB africano representaba el 2% del mundial; hoy este porcentaje es la mitad porque los países desarrollados han ido reduciendo su comercio y sus inversiones. Así, el comercio exterior de África sólo supone ahora la cuarta parte que hace 30 años, y las inversiones extranjeras se han reducido a la mitad. El resultado es que la renta por habitante ha caído un 1% anual durante las dos últimas décadas y, en consecuencia, la divergencia con los países desarrollados ha crecido fuertemente.

Además de las guerras, su demografía pesa como una losa y alimenta el círculo vicioso del subdesarrollo. La población africana crece al 4% desde el año 1960, lo que ha multiplicado casi por tres el número de sus habitantes en estos 40 años. Los historiadores hablan de la tremenda explosión demográfica de Europa en el siglo XIX, cuando su población se dobló en cien años. Pues bien, África crece a un ritmo cuatro veces superior.

Numerosos estudios empíricos confirman que los países que disfrutan de mayor libertad económica presentan también las tasas más altas de crecimiento, y otros análisis llegan a la conclusión de que las economías más abiertas crecen entre 2 y 2,5 puntos porcentuales más por año que las más cerradas, una diferencia nada despreciable ya que esta ventaja significa doblar la renta disponible en la mitad de tiempo.

Los historiadores llegan a la misma conclusión al comprobar que durante las cinco décadas anteriores a 1870, la renta per cápita en los países desarrollados creció apenas el 0,9 de media anual; subió al 1,4 en la etapa posterior, cuando se abolieron muchas medidas proteccionistas; pero a partir de 1914 y hasta 1950, cuando las economías se cerraron, el aumento se redujo hasta el 1,2%; para volver nuevamente a crecer hasta el 3% durante la fase actual de globalización.

Pero no sólo existe una clara relación entre apertura económica y crecimiento, sino que también, y estudios empíricos así lo atestiguan, los países que más han avanzado en integrar sus economías en el concierto internacional consiguen progresar más en la distribución interna de sus rentas y ser por tanto más igualitarios.

#### IV. LA ESENCIA REACCIONARIA DEL MOVIMIENTO

Antes de terminar quisiera hacer una breve referencia a la ideología política que sustenta el movimiento antiglobalización y que puede ayudar a comprender mejor su relativo éxito teniendo presente que sus argumentos son, la mayoría de las veces, disparatados.

Se dice, con razón, que los planteamientos de este movimiento son diversos y, en algunos casos, contradictorios, pero es posible encontrar un denominador común. Mientras que el capitalismo global es un proyecto de

prosperidad para el futuro —Jeffrey Sachs llega a asegurar que tal vez sea el más prometedor que haya visto jamás la historia—, los contrarios a él coinciden a la hora de lamentar el presente para reivindicar el pasado. Es, pues, un movimiento esencialmente reaccionario.

En realidad, el término antiglobalización es un eufemismo pues existe cierto reparo en utilizar “anticapitalismo” al estar esta palabra asociada al socialismo, entendido como un sistema sin propiedad privada ni mercado. Por ello, los líderes de la antiglobalización proponen, de una manera velada algunas veces y sin paliativos otras, la vuelta al pasado como alternativa al capitalismo global. Se rompe de alguna manera con un marxismo que proponía un socialismo situado en el futuro, en el poscapitalismo.

Esta nostalgia del pasado es común en todos los pensadores políticos de la antiglobalización, sean éstos moderados o radicales. Pondré tres ejemplos. Toni Negri asegura que el mercado global está controlado por un ente global que él llama “*Imperio*”, y frente a este monstruo sólo cabe la desertión, es decir, no hay alternativa. Al mismo tiempo, este pensador italiano manifiesta una cierta nostalgia del Estado-nación, de la guerra fría e incluso de esa “gran corriente de civilización” que era, según él, el sistema soviético.

Susan George, autora del disparatado *Informe Lugano*, pretende, en el fondo, salvar el capitalismo —su libro se

subtitula *Sobre la conservación del capitalismo en el siglo XXI*—, pero para ello propone un regreso a épocas en las que el mercado no lo ocupaba todo y, como ella dice, el poder no residía en los mercados financieros.

Pero el más claro y radical nostálgico del pasado es John Zerzan; del pasado más remoto porque lo que reivindica es una vuelta a la barbarie sin paliativos. Este pretendido filósofo y antropólogo norteamericano, líder de la revuelta de Seattle y autor de obras como *Futuro primitivo* y *Malestar en el tiempo*, títulos bien expresivos, reivindica una naturaleza humana no corrompida por una civilización que da sus primeros pasos en la revolución del Neolítico, donde Zerzan sitúa el origen de todos los males.

